

CAPÍTULO VIGÉSIMO

que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podría ver ni labrar reista en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues querrá estos golpes que no cesan te deben de tener en turbado el entendimiento.

- Toda puede ser - respondió Sancho -, mas yo sé que en lo de mi cuenta no hay más que decir, que allí se acaba de comienna el yerro de la cuenta del paisaje de las cabras.

- Acabe maravuena donde quisiere - dijo don Quijote -, y veamos si se puede mover Rocinante.

Tomale a poner las riendas, y él tomó a dar saltos y a estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto, parece ser o que el frío de la mañana que ya venía, o que Sancho hubiere cenado algunas cosas lentivas, o que fuese con natural - que es lo que más se debe hacer -, a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de una de sus ancas. Pues, pensando de no hacer lo que tenía gana temerosa era ponible; y, así lo que hizo, por bien de paz, fue saltar la mano derecha que tenía suida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin ruido, algunos se saltó la lazada correspondida con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego alajo y se le quedaron como

2

CAPÍTULO VIGÉSIMO

grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto, que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrepito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado que al cabo al cabo vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo.

Oyolo don Quijote y dijo:

-¿Qué rumor es éste, Sancho?

-No sé, señor -respondió él-. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba,

CAPÍTULO VIGÉSIMO

no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

-Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

-Sí tengo -respondió Sancho-, mas ¿En qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

-En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar -respondió don Quijote.

-Bien podrá ser -dijo Sancho-, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me atrae a deshoras y por estar no acostumbrados pasos.

-Retírate tres o cuatro allá, amigo -dijo don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que a más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó a Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó a dar mandadas, porque corvetas (con perdón suyo) no las sabía hacer. Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo a buena señal y creyó que lo era

(4)

CAPÍTULO VIGÉSIMO

De que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de ~~que~~ descubrirse el alba, y aparecer distintamente las casas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura. Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar, y, así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y, tornando a despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase 3 días, a lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornóle a referir el recado y embajada que había de llevar ^{de} su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes de que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del Tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor y determinó de no

CAPÍTULO VIGÉSIMO

dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio.

De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que debía de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrarse flaqueza alguna, antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguía Sancho a pie, llevándolo, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una pieza por entre aquellas castaños y arboles sombríos, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecían ruinas de edificios que casas, de las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.

Alborotase Rocinante con el estruendo de agua y de los golpes, y, sosegándole don Quijote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le socorriese, y de camino se encomendaba también a Dios, que

CAPÍTULO VIGÉSIMO

no le olvidase.

No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido. Y eran (si no lo has, ¡oh lector!, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y pasmose de arriba abajo. Miróle Sancho y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote a Sancho y viole que tenía los carrillos linchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y como vio Sancho que su amo había comenzado, saltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las

CAPÍTULO VIGÉSIMO

ujadas con los puños, por no reventar riendo.

Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa con el mismo ímpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando lo oyó decir, como modo de broma:

- «Has de saber ¡oh, Sancho amigo!, que yo voy por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las azarías grandes, los valerosos hechos...»

Y por aquí fue repitiendo todas, o las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues, don Quijote que Sancho hacía burla de él, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellos, con mucha humildad le dijo:

- Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.
- Pues porque os burlo, no me burlo ya - respondió don Quijote - Venid acá, señor alegre: ¿pareceís a

CAPÍTULO VIGÉSIMO

vos que si como éstos fueran mazos de botón fueran otra fueran peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla y acabarla. ¿Estoy yo obligado a dicha, siendo como soy coballero, a conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de botón o no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criada y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estas seis mazos se vayan en seis joyas, y cuando yo no diere estochármelas a las barbas uno a uno, o todas juntas, con todas patas arriba, haced de mí la burla que quisieredes.

- No haya más, señor mío - replicó doncho -, que yo confieso que he nacido algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios se saque de todas las aventuras que se sucedieran tan sano y sabido como se ha sacado de ésta: ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temer ni espanto.

- No niego yo - respondió don Quijote - que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todos los personas tan discretos, que sepan poner en su punto las cosas.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

-A lo menos -respondió Sancho- supovuestra merced poner en su punto el lanzón, apotándome a la cabeza, y daéndome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en la dearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oído decir: «Ese te quiere bien que te hace llorar»; y más, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insultos, o reinos en tierra firme.

-Tal podría correr el dado -dijo don Quijote-, que todo lo que dices viniese a ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos nos son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me esquivas en

CAPÍTULO VIGÉSIMO

pozo; más, en que me me dejó estimar en más. Si, que Gandulín, escudero de Amadís de Gaula, cuando fue de la Insulina Firme, y se lee de él que siempre hablaba a su señor con garra en mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo moreturqueso. Pues ¿Qué diremos de Gasabal, escudero de don Carlos, que fue tan callado, que, para declararnos la excelencia de su maravillosa silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho debes inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que de hoy en adelante nos debemos tratar con más respeto, sin darnos cordelajo, porque de cualquiera manera que ya me enoje con vos, ha de ser mal para el cóntaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario a lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

-Está bien cuanto vuestra merced dice - dijo Sancho -, pero querría ya saber, por si acaso no llegase el tiempo de la mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos y si concertaban por meses, o por días, como peones de albañil.

-No creo yo - respondía don Quijote - que jamás los tales escuderos estuviesen a salario, sino a merced; y si yo ahora te le he señalado a ti en el testamento cuando que dejé en mi casa, fue calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por

CAPÍTULO VIGÉSIMO

pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

- Así es verdad - dijo Sancho -, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo aborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced, si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural.

- De esa manera - replicó don Quijote - vivirás sobre la haz de la tierra, porque, después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

12

Pliego 18

CAPÍTULO XXI

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero

En esto comenzó a llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes, mas habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y, así, torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes.

De allí a poco, descubrió don Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió a Sancho y le dijo: - Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre». Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes,

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare a entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes ni a la oscuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

- Mire vuestra merced bien lo que dice y mejor lo que hace

- dijo Sancho -, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatunar y aporrear el sentido.

- ¡Válate el diablo por hombre! - replicó don Quijote - ¿Qué va de yelmo a batanes?

- No sé nada - respondió Sancho -, mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.

- ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, truidor escrupuloso? - dijo don Quijote -. Dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

- Lo que yo veo y columbro - respondió Sancho - no es sino un hombre sobre un asno parado, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

- Pues ese es el yelmo de Mambrino - dijo don Quijote -
Apártate a una parte y déjame con él a solas:

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

verás cuán sin hablar palabra, por aborraz del tiempo, concluyó esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

- Yo me tengo en cuidado el apartarme - replicó Sancho -, mas quiera Dios, torro a decir, que azégornor sea y no batarnes.

- Ya as he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batarnes - dijo don Quijote -, que uoto, y no digor más, que as batarnee el alma.

Calló Sancho, con temor que su arno no cumpliese el uoto que le halúa echador, redondor como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que don Quijote veía era esto: que en aquel cantorino halúa dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y el otro, que estaba junto a él, sí; y, así, el hordero del mayaz servía al menor, en el cual turro necesidad un enferro de sangrarre, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y trara una bacía de azógar; y quiso la suerte que al tiempo que venía comenizó a llover, y porque no se le manchase el sambrorro, que delúa de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua reumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y ésta fue la ocasión que a don Quijote le pareció caluallo rucio

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

rodado y caballero y yelmo de oro, que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos. Y cuando él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, a todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte a parte; mas cuando a él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo:

- ¡Defiéndete, cautiva criatura, o entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe!

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza si no fue el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado al suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejose la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto y que había imitado al cactor,